

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M. -

Volumen VIII
Enero-Diciembre 1992
Números 13-14

AMERICA VARIACIONES DE FUTURO (II)

IV. TEOLOGIA

- J. B. Metz**
Teología e Iglesia en Latinoamérica. Elementos proféticos del cristianismo actual 481
- J. Moltmann**
Teología Política y Teología de la Liberación 489
- J. J. Tamayo Acosta**
Elementos de futuro en la Teología de la Liberación 503
- A. Tornos**
¿Hacia el descubrimiento y valoración positiva de lo característico de Latinoamérica? 593
- X. Pikaza**
Apocalipsis de Juan: origen y fin de la violencia 609
- J. Moltmann**
La pasión de Cristo y el dolor de Dios 641
- *La cuestión de la compasión e impasibilidad de Dios. Carta a K. Rahner* 657
- D. Borobio**
Evangelización y sacramentos en la Nueva España (s. XVI). Lecciones de ayer para hoy 661

AMERICA

VARIACIONES DE FUTURO (II)

F. Martínez Fresneda
La Declaración de Guadalajara, fragmento de esperanza 691

J. Losada
La actual eclesiología latinoamericana 711

V. FRANCISCANISMO

J.-G. Bougerol
Reflexiones sobre la Iglesia 745

J. A. Merino
Antropología Franciscana y Liberación 757

B. Tapia
Identidad del Franciscanismo en la América Latina del futuro 773

J. Hernández Valenzuela
Un modelo de evangelización: Francisco de Asís 839

L. Boff
Nueva evangelización: El Evangelio sin poder 857

BIBLIOGRAFIA

R. Sanz - F. Oliver
Publicaciones sobre América, sentido y orientación 889

A. Galindo García
Actualidad de la Doctrina Social de la Iglesia. Boletín bibliográfico 909

INDICE GENERAL 989

LA PASION DE CRISTO Y EL DOLOR DE DIOS

J. MOLTMANN

I. EL SUFRIMIENTO Y LA PREGUNTA POR DIOS

El sufrimiento sin sentido, sin salida, sin fin, hace que los hombres clamen a Dios y desesperen de él. La fe en Dios y el ateísmo tienen su raíz más profunda en ese dolor. Si hay Dios, por qué tanto sufrimiento, preguntan unos. Si no hubiera Dios, todo estaría bien, dicen otros. ¿Qué es a lo que clamamos en nuestro dolor? Unos preguntan por Dios de manera teórica: *¿Cómo puede Dios permitir esto?* Tienen la impresión de que Dios es una fuerza del destino ciega e insensible que no se preocupa de nada. La muerte de los niños en Irak y en los barrios de miseria de Latinoamérica lo tienen sin cuidado; no le preocupa. Los hombres tienen esta impresión de Dios porque amenazan con ser iguales: impassibles, fríos e indiferentes ante el sufrimiento. La pregunta de cómo puede Dios permitir esto es una pregunta de espectador. No es la pregunta de los afectados. Yo recuerdo cómo en julio del 1943 viví el bombardeo que cayó sobre mi ciudad natal de Hamburgo, causando la muerte a 80.000 personas en el incendio subsecuente. Yo seguí con vida como por milagro, y hasta la fecha no sé por qué no hallé la muerte como mis compañeros. Mi pregunta en aquel infierno no fue: *¿Por qué Dios permite esto?*, sino: Dios mío, ¿dónde estás? *¿Dónde está Dios?* ¿Está lejos de nosotros, distante en su cielo, o es sufriente entre los que sufren? ¿Participa de nuestro sufrimiento? Nuestro dolor, ¿también le llega al corazón a él? Una pregunta es la pregunta teórica por una justificación de Dios ante el sufrimiento (pregunta

por la teodicea); la otra es la pregunta existencial por la comunión con Dios en el sufrimiento. La primera pregunta presupone un Dios apático; la segunda, un Dios que sufre con nosotros.

Con estas preguntas nos dirigimos a la esencia de la fe cristiana —el mensaje del Cristo Crucificado— y procedemos en tres pasos:

1. Queremos "ver" lo que realmente ocurrió en la Pasión de Cristo. Queremos adentrarnos sin prejuicios en la experiencia de Dios por la que Cristo atravesó en el Monte de los Olivos y en la cruz.

2. Después queremos aprender a "juzgar" y a preguntar por la "Teología de la Cruz".

3. Queremos "actuar y sufrir" con certidumbre y preguntamos finalmente por la consolación del Dios Crucificado en nuestro sufrimiento y por nuestra sucesión en la cruz en este mundo.

II. LA PASION DE CRISTO

En el centro de la fe cristiana se encuentra una historia, la *historia de la pasión de Jesucristo*. Esto es algo que ha de tomarse literalmente, es decir, en el doble sentido de la palabra pasión: la historia de Cristo es la historia de una gran pasión, de un amor apasionado. Con ello y justo por ello se convirtió también en la historia de una agonía mortal.

En el centro de la fe cristiana se encuentra el *sufrimiento del Cristo apasionado*. La historia de la Pasión de Cristo tiene ese lado activo y ese lado pasivo.

En tiempos anteriores a menudo se pasaba por alto la pasión de Cristo que lo condujo al sufrimiento. El acecho se convertía entonces en el arquetipo de la resignación muda a un destino infeliz.

Hoy en cambio con frecuencia se pasa por alto el sufrimiento que forma parte de cualquier gran pasión. Se desea ser completamente dichoso y se reprime el sufrimiento. Se anestesia el dolor y se priva uno mismo de los sentimientos. La vida sin pasión se vuelve pobre. La vida sin disposición al sufrimiento es mezquina. La angustia ante la pasión debe superarse de la misma manera que el miedo al sufrimiento. De otra manera no puede renacer la vida.

Vamos a detenemos en dos estaciones de la historia de la Pasión de Jesucristo y preguntarnos por lo que ocurrió ahí: en el Monte de los Olivos y en el Calvario.

A. El Monte de los Olivos

La historia de la Pasión de Jesucristo no comienza propiamente con la aprehensión y la tortura de Cristo por los soldados romanos. Comienza mucho antes. Comienza ya en la provincia de Galilea, justo en el momento en que Cristo decide ir con sus apóstoles a Jerusalén, el centro del poder, la injusticia y la arbitrariedad romana. Su pasión por el reino de Dios, la curación de los enfermos, la liberación de los oprimidos, el perdón de los pecados, tendrá que enfrentarse en Jerusalén con sus enemigos más acérrimos, con los colaboradores de su pueblo y con la fuerza de ocupación romana. Su entrada en Jerusalén fue triunfal. El pueblo se reunió y exclamó: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene!" (Mc 11, 9-10). Tanto más comprensible el nerviosismo de los guardianes del orden, que temían un levantamiento popular. El hombre de Nazaret se estaba volviendo peligroso. Por tanto tenía que desaparecer, pronto y sin crear revuelo.

Hasta aquí, esta historia no presenta ningún rasgo especial. Muchos hombres y mujeres valientes, muchos próceres de la libertad han enfrentado la muerte con los ojos abiertos para liberar a su pueblo. Sin embargo, en el caso de Cristo sobreviene algo más que a primera vista resulta totalmente incomprensible. La noche antes de que lo aprehendieran los romanos fue al Monte de los Olivos, llevándose sólo a tres de sus amigos, y "comenzó a sentir pavor y angustia", según relata San Marcos. "Entristeció y sintió angustia", relata San Mateo. El "desesperó", dice en alemán. "Mi alma está triste hasta el punto de morir", dijo, pidiéndoles a sus amigos velar junto con él.

También antes, Cristo a menudo se había retirado de noche para volverse unido con Dios en la oración. Ahora por primera vez no quiere estar a solas con Dios. Busca protección con sus amigos. ¿Protección de quién? Y entonces viene la oración que suena como demanda: "Padre todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz" (Mc 14,36), es decir, evítame este sufrimiento. ¿Qué sufrimiento? En San Mateo y San Lucas suena un poco más humilde: "Si quieres..." y "Si puedes...", entonces aparta de mí este cáliz.

Esta súplica de Cristo no fue escuchada por Dios, su Padre. En otros momentos es siempre: "Yo y el Padre somos uno". Pero aquí parece romperse la comunión de Cristo con Dios. Por ello los amigos de Cristo caen en un sueño profundo, como paralizados por la tristeza. En esta desunión, la unión de Cristo con el Dios de su amor y su pasión sólo se manifiesta con la palabra "pero", con que se suprime a sí mismo: "Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú". Con la súplica de Cristo

no escuchada, rechazada por el silencio de Dios en el Monte de los Olivos, comienza su verdadera pasión expiatoria, su *sufrimiento por Dios*. Seguramente también está presente el simple miedo humano al dolor. Sería cruel afirmar que como Hijo de Dios, Cristo no pudo haber sentido miedo. Pero también sería disparatado tenerlo por una persona débil y sensible que hubiera comenzado a compadecerse de sí mismo por el tormento físico y su muerte inminente.

Creo que en ese momento un miedo muy distinto se ha apoderado de Cristo y desgarró su alma: es el miedo de que él, el Hijo Unigénito, que ama al Padre como nunca nadie le había amado, sea "abandonado" por su Padre. No teme por su vida. Teme por Dios. Teme por el reino del Padre, cuya felicidad ha anunciado a los pobres.

Este *sufrimiento por Dios* mismo es el verdadero suplicio en la pasión de Cristo. Este abandono de Dios es el cáliz que fue inevitable. El terrible silencio de Dios ante la oración de Cristo en el Monte de los Olivos es más que un silencio mortal. Los místicos lo interpretaron como "la noche oscura del alma", en la que se deseca todo lo que anima la vida y desaparece la esperanza de una vida. Martín Buber lo llamó el "eclipse de Dios".

¿Quién puede mantenerse despierto en esta noche de Dios? ¿Quién no se queda como paralizado? Los amigos de Jesús se libran de los terribles sucesos gracias a un sueño profundo. Lucas, el médico, y otros testigos hablan de un "sudor sangriento" que caía a la tierra del Cristo en vela y orante. "La lucha en el Monte de los Olivos", lleva por título este capítulo en la Biblia de Lutero. ¿Lucha con quién? ¿La lucha de Cristo consigo mismo? ¿La lucha con la muerte? Creo que es más que eso. Es la lucha de Cristo con esta experiencia de Dios. En eso radica su agonía. El soportó esa agonía por su entrega.

B. El Calvario

La otra historia se encuentra al final de la Pasión de Cristo, en el sitio de ejecución del Calvario. Una vez más es una oración, mejor dicho, un grito desesperado a Dios. Y a la novena hora clamó Jesús en voz alta: "¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!" (Mc 15,34); después murió lanzando un fuerte grito.

Durante tres horas estuvo clavado en la cruz, aparentemente esperando la muerte en silencio, paralizado por el tétano. Después murió con un grito tal que pone de manifiesto el más profundo abandono de aquel Dios en el que había puesto toda su esperanza y por el cual está clavado en la cruz. Este debe ser el núcleo con más fundamento histórico en el suceso del

Gólgota. La idea de que las últimas palabras del hijo agonizante a Dios, su Padre, hayan sido: "Tú me has abandonado" —esa idea nunca se habría podido arraigar en el cristianismo si esa frase terrible no se hubiera pronunciado, no se hubiera escuchado en el grito agonizante de Jesús. Nunca nos podremos acostumbrar a que en la esencia de la fe cristiana se escuche este clamor a Dios del Cristo abandonado por Dios. Más bien trataremos de mitigar sus efectos y de reemplazarlo con palabras de despedida más "piadosas", como ya ocurrió en el Nuevo Testamento y después en la historia eclesiástica. No obstante: por terrible que sea ese grito de muerte de Cristo, se siente de alguna manera misteriosa que es importante, que de hecho es vital para nosotros. Porque es ese grito al que pueden adherirse tantos hombres atormentados, porque expresa su situación real: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Esta frase tampoco se vuelve más aceptable por ser el principio del Salmo 22. Resulta absurdo imaginar que el Jesucristo agonizante haya rezado todo el Salmo 22 en la cruz. En primer lugar, el salmo termina con una maravillosa acción de gracias por la salvación de la agonía, algo que precisamente no ocurrió en la cruz; en segundo, en aquel entonces los crucificados al poco tiempo ya no eran capaces de hablar. No, si es el grito de un abandono por Dios. Antiguos manuscritos del Evangelio según San Marcos lo dicen con claridad aún mayor: "¿Por qué me expusiste a este oprobio?" y "¿Por qué me maldijiste?" Incluso la Epístola a los Hebreos, que es muy posterior, registra que "lejos de Dios (literalmente: sin Dios) gustó la muerte para bien de todos" (2,9). Y sólo aquí en la cruz de Cristo ya no llama a Dios "Padre", de manera filial, sino sólo "Dios", de manera oficial, como si tuviera que dudar que es el Hijo de Dios Padre.

Lo que Cristo temía, por lo que luchó en el Monte de los Olivos, por lo que rogó al Padre, lo que era inevitable, efectivamente ocurrió en la cruz: Cristo soporta el abandono de Dios en el que ya nadie puede interceder por otro, en el que cada uno está solo y en el que nadie puede subsistir. ¿Hay respuesta a la pregunta por qué Dios lo abandonó? El Evangelio dice que fue "por nosotros", por ti y por mí, para que ya no estemos solos. Dios entregó a su Hijo "por nosotros" para que se convirtiera en el hermano de todos los abandonados y los llevara a Dios.

En el centro de la fe cristiana se encuentra la historia de la Pasión de Jesucristo. En el centro de esa Pasión se encuentra la experiencia de Dios del Cristo abandonado por Dios. ¿Es éste el fin de toda fe humana en Dios o es el principio de la fe en Dios regenerada y no quebrantable por nada?

El Cristo que ama con pasión, el Cristo perseguido, el Cristo solitario, el Cristo torturado, el Cristo que sufre por el silencio de Dios, es nuestro hermano, el amigo al que todo se le puede confiar, porque conoce todo

y ha sufrido lo que nos puede tocar a nosotros y más aún. Pero, ¿dónde está Dios? Si en la Pasión de Cristo sólo está ausente, tendríamos que decir: Cristo *sí*, a él lo entiendo y él me entiende a mí, pero un Dios que lo abandona, ¡*no!*

III. TEOLOGIA DE LA CRUZ

Cristo murió con el grito: "¡Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!", y la teología cristiana trata de dar una respuesta a esa pregunta de Cristo. Pero, ¿existe realmente una respuesta a eso? ¿No son los teólogos a menudo como los amigos de Job que quieren explicarle su sufrimiento mientras él no quiere que lo consuelen? Vamos a retomar algunas preguntas que surgen en la cruz de Cristo y su experiencia del abandono de Dios.

A. ¿Por qué abandonó Dios al Cristo crucificado?

Una primera respuesta la encontramos en San Pablo y en San Juan: Dios lo entregó "por nosotros"; Dios lo hizo por amor a nosotros. San Pablo argumenta de la siguiente manera: El Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos es el mismo Dios que "lo entregó" para morir en la cruz. En el desamparo del Cristo crucificado que grita: "¡Mi Dios ¿por qué?!", San Pablo ya encuentra la respuesta: "El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien le *entregó* por nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?" (Rm 8, 32). ¿Fue esa también la voluntad propia de Cristo? San Pablo dice que sí y habla del "Hijo de Dios" que "se *entregó* a sí mismo por mí" (Gál. 2,20). ¿Sacrificó entonces Dios a su propio Hijo y lo dejó morir solo en su dolor en la cruz? Entonces ese Dios sería no sólo un Dios apático, sino también un Dios cruel. No, dice San Pablo, porque si Cristo, el Hijo de Dios, sufre la muerte, entonces el Padre de Jesucristo sufre la muerte de su Hijo Unigénito. Si el Hijo muere en la cruz en abandono de Dios, entonces Dios Padre sufre su abandono del Hijo. Así que ambos sufren, aunque de manera distinta: Cristo sufre la muerte, Dios sufre la muerte del Hijo. De manera que la *pasión de Cristo* también se extiende a Dios mismo y se convierte en la *pasión de Dios*. San Pablo también lo expresa con la célebre frase: "En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2Cor 5,19). Si Dios Padre estuvo *en* Cristo, el Hijo, entonces el sufrimiento de Cristo es también el sufrimiento de Dios y entonces también Dios experimenta la muerte en la cruz de Cristo. ¿Cómo hemos de concebir que Dios, por un lado, sea el que entrega

a Cristo para morir en el abandono de Dios y, a la vez, sea aquel que *existe* "en Cristo" y está presente? En San Pablo no encontramos información al respecto, pero sí existe una vieja narración judía que nos puede llevar a la explicación de este misterio:

"Cuando el Santo, bendito sea, venga a liberar de la esclavitud a los hijos de Israel, ellos dirán: "Señor del mundo, fuiste tú el que nos dispersó entre los pueblos al sacarnos de nuestra tierra ¿y ahora de nuevo eres tú quien nos vuelve a conducir ahí? Y el Santo, bendito sea, dirá a los hijos de Israel: "Cuando vi que habíais abandonado mi tierra, también yo la abandoné para volver a ella junto con vosotros" (E. Wiesel, *El Dios sufriente*).

Dios nos acompaña, Dios sufre con nosotros. Adonde vaya Cristo, el Hijo de Dios, va con él el Padre. Por tanto, en la entrega del Hijo se reconoce también la entrega de Dios; de lo contrario no diría en el Evangelio de San Juan: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9). En el abandono de que Dios hace objeto a Cristo, Dios se abandona a sí mismo, abandona su cielo y está *en* Cristo mismo para convertirse en Dios y Padre de los abandonados.

Cristo muere con el grito a Dios, por el cual se siente abandonado. ¿Dónde está Dios en el suceso del Calvario? Está *en* el Cristo agonizante. A la pregunta sobre por qué hay muchas respuestas y ninguna suficiente, más importante es la pregunta por el dónde. Para ella, Cristo mismo es la respuesta.

B. ¿Por qué asumió Dios este sufrimiento de Cristo?

¿Qué sentido tiene el acontecimiento horrendo del Calvario? A esta pregunta hay dos respuestas: a) para estar *con* nosotros en nuestro sufrimiento y nuestro dolor, o sea la *solidaridad de Dios* para con nosotros; b) para existir *por* nosotros en nuestra culpa, para liberarnos de su carga, o sea, la *mediación de Dios* por nosotros.

1. La Cristología de la Solidaridad: Cristo nuestro hermano

Los Evangelios relatan la historia de la pasión de Cristo como la historia de una *kénosis* cada vez más profunda de Cristo. Sus apóstoles huyen después de su aprehensión por los romanos; uno de ellos lo traiciona, otro lo niega –y Cristo pierde su identidad como su maestro–. Los sacerdotes de su pueblo lo entregan a los romanos –y Cristo pierde su identidad como

judío—. Pilato hace que lo torturen y destruyan su cuerpo. Se le da muerte como "enemigo de la especie humana", supuestamente representada por el Imperio Romano —y Cristo pierde la vida—. El himno filipense resume de la manera siguiente este camino de la *kénosis*:

"Sino que se despojó de sí mismo
tomando condición de siervo...
y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz" (Filp 2,7.8).

Si Dios va donde va Cristo, si Dios mismo estuvo *en* Cristo, entonces Cristo lleva la comunión con Dios a aquellos que fueron tan humillados y despojados como él. La cruz de Cristo se encuentra entre el sinnúmero de cruces que bordean los caminos de los que tienen el poder y los que ejercen la violencia, desde Espartaco hasta los campos de concentración, los hambrientos y los desaparecidos en América Latina.

Los *sufrimientos de Cristo* no son exclusivamente sus sufrimientos, sino *inclusivamente* nuestros sufrimientos y los de esta época. Su cruz se encuentra fraternalmente entre nuestras cruces como señal de que Dios mismo participa de nuestro sufrimiento y de que carga con nuestro dolor. El "Hijo del Hombre sufriente" se ha convertido de tal forma en uno de nosotros, que los innumerables y anónimos seres humanos que son torturados y abandonados son sus hermanos y hermanas. Esta fue la experiencia de conversión del Arzobispo OSCAR ARNULFO ROMERO, de 59 años, en San Salvador: "En los crucificados de la historia se le presentó el Dios Crucificado... En los ojos de los pobres y oprimidos de su pueblo vio el rostro desfigurado de Dios" (John Sobrino).

Cristo se encaminó hacia esa humillación y ese abandono para convertirse en el hermano de los humillados y los abandonados y para llevarles el Reino de Dios. No les ayuda mediante milagros sobrenaturales, sino en virtud del sufrimiento por sus heridas. "Sólo el Dios sufriente puede ayudar", escribe DIETRICH BONHOEFFER en su celda de condenado a muerte. Dios siempre ayuda primero al sufrir con nosotros: "También en el infierno estás presente". Por tanto, ningún sufrimiento nos puede separar de esta comunión con el Dios sufriente. El Dios de Jesucristo es el Dios solidario de las víctimas y de los que sufren.

2. *La Cristología de la mediación: Cristo Redentor*

Desde sus inicios, la comunidad cristiana vio en la pasión de Cristo la expiación divina en representación de los pecados del mundo. Siguiendo

el modelo del "siervo doliente" de Isaías 53, se veía en Cristo al Hijo de Dios que reconcilia a través del sufrimiento representativo. ¿Cómo debemos entender esto? ¿Es en sí necesaria la expiación? Yo creo que sí. SIMÓN WIESENTHAL relata en su libro "El Girasol" que estando preso en un campo de concentración lo llevaron al lecho de muerte de un hombre de la SS, quien quería confesarle a él, un judío, que había participado en ejecuciones masivas de judíos, para pedirle perdón por ello. Wiesenthal pudo escuchar la confesión del asesino, pero no lo podía perdonar, porque ninguna persona puede perdonar a los asesinos en nombre de las víctimas muertas. De esta historia se hace evidente que se requiere de una expiación para poder vivir con tal carga de culpa. Sin perdón de la culpa no puede vivir el culpable, porque pierde todo respeto de sí mismo. Sin embargo, el perdón del pecado no existe sin expiación. Pero la expiación no es una posibilidad humana, porque la injusticia ocurrida no puede ser "reparada" por nada humano. ¿Es entonces la expiación de la culpa humana una opción divina?

En los cultos de muchos pueblos, la expiación se busca a través de sacrificios animales que han de aplacar la ira de los dioses provocada por la culpa humana. Era distinto en Israel: En el A.T. también había un sacrificio por el pecado. Era el llamado "chivo expiatorio" que dona Dios para que los pecados del pueblo, por la imposición de las manos, recaigan en él y se los lleve al desierto, alejándolos del pueblo. El "chivo expiatorio" no se ofrece a Dios para aplacar su ira, sino que Dios lo dona para conciliarse con su pueblo. También en el Templo de Salomón había tales ritos de sacrificio por el pecado. Según la visión del Profeta Isaías, Dios enviaría un nuevo "siervo de Dios" que se llevaría los pecados de su pueblo. En la Biblia siempre es Dios mismo quien "carga" los pecados del pueblo, creando así la reconciliación. Dios es el sufriente de Dios que sufre de manera representativa "por nosotros" y "por muchos". Dios mismo es el Dios expiatorio.

¿Cómo ocurre esto? Ocurre que Dios convierte la culpa humana en su sufrimiento al "cargar" con ella. Según el N.T., Cristo se convierte no sólo en el hermano de las víctimas, sino también en el expiador de los culpables. "Tú que cargas con el sufrimiento del mundo", esto se aplica a las víctimas; "tú que cargas con el pecado del mundo", se aplica a los culpables. Mientras exista este mundo, Dios no sólo carga con la pasión del mundo, sino también con la historia de la culpa de los hombres. En el Cristo crucificado, Dios mismo es víctima entre víctimas. Por eso el perdón sólo lo pueden dar las víctimas. Las víctimas tiene una memoria larga, porque las huellas del sufrimiento se han grabado profundamente en sus almas y a menudo también en sus cuerpos. Los culpables siempre son de memoria corta. No saben, ni quieren saber, lo que han hecho. Por ello los culpables

dependen de las víctimas si quieren salir de la muerte a la vida. El Cristo crucificado "fue entregado por nuestros pecados" (Rm 4,25). Antes se imaginaba que Cristo ofrecía un sacrificio o que pagaba un rescate para redimir a los hombres. Hoy día nos lo imaginamos en términos personales: Cristo murió no por pecados individuales, sino para nosotros pecadores. Nos carga con nuestros pecados, tolerándonos y soportándonos. Finalmente: al existir Cristo "por nosotros" se hace evidente que "Dios está por nosotros" (Rm 8,31).

C. ¿Es Dios capaz de sufrir?

Si a usanza de la filosofía griega preguntamos por lo que es "propio de Dios", debemos excluir la diferencia, la pluralidad, el movimiento y el sufrimiento de la esencia de la divinidad. La sustancia divina es incapaz de sufrir; de lo contrario no sería divina. También el sujeto absoluto de la filosofía moderna es incapaz de sufrir; de lo contrario no sería absoluto. Incapaz de sufrir, inmóvil, unitaria y autosuficiente, la divinidad se encuentra ante un mundo en movimiento, sufriente, disperso y que nunca se basta a sí mismo. Porque la sustancia divina es lo que fundamenta, sustenta y existe eternamente para este mundo de los fenómenos pasajeros y por tanto no puede estar sujeta ella misma al destino de este mundo.

En cambio, si preguntamos por la enunciación teológica de la tradición cristiana nos encontramos en su centro con la historia de la pasión de Cristo. El Evangelio narra el sufrimiento y la muerte de Cristo. La entrega del Hijo de Dios para la reconciliación del mundo se comunica en la Eucaristía en forma de pan y vino. Por la actualización de la pasión de Cristo en la palabra y sacramento se genera la fe, a saber, la fe cristiana en Dios. El que cree debe su libertad a la mediación de Cristo. Por Cristo cree en Dios. Dios mismo está involucrado en la historia de la pasión de Cristo; de lo contrario no podría partir una acción redentora de la muerte de Cristo. Pero, ¿de qué manera está Dios mismo involucrado en la historia de la pasión de Cristo? ¿Cómo puede la fe cristiana entender la pasión de Cristo como revelación de Dios si la divinidad no puede sufrir? ¿Dios deja sufrir a Cristo por nosotros o sufre Dios mismo en Cristo por nosotros?

Hasta el presente, el *axioma de la apatía* ha influido más en los conceptos fundamentales de la teología que la historia de la pasión de Cristo. Aparentemente la incapacidad de sufrir se considera un atributo irrenunciable de la perfección y la gloria divinas. ¿No significa esto que la teología cristiana, hasta la actualidad, no ha desarrollado un concepto de Dios

consecuentemente cristiano, sino que más bien se ha apoyado en la tradición metafísica de la filosofía griega?

A mayor importancia del axioma de la apatía en la teología, menor es la capacidad de identificar a Dios con la pasión de Cristo. Si Dios es incapaz de sufrir, la pasión de Cristo, por consiguiente, sólo se puede considerar una tragedia humana. Para aquel que vea en la pasión de Cristo sólo el sufrimiento del buen hombre de Nazaret, Dios tendrá que convertirse necesariamente en la fuerza celestial fría, muda y no amada. Pero ése sería el fin de la fe cristiana.

Por tanto, la teología cristiana se ve esencialmente obligada a reconocer a Dios mismo en la pasión de Jesucristo y a descubrir la pasión de Jesucristo en Dios mismo. Ante los numerosos intentos de mediar cristológicamente entre apatía y pasión para mantener el axioma de la apatía, parece más consecuente partir del *axioma de la pasión de Dios* en lugar del axioma de la apatía para poder entender el sufrimiento de Cristo como el *sufrimiento del Dios apasionado*. La palabra "pasión" tiene el doble significado de sufrimiento y pasión, y por esta dualidad se presta para expresar la verdad central de la fe cristiana. La fe cristiana vive del sufrimiento de una pasión divina y es en sí la pasión dispuesta a sufrir por la vida. ¿Por qué se atuvo la Iglesia Antigua al axioma de la apatía a pesar de que la devoción cristiana veneraba al Crucificado como Dios y la doctrina cristiana sí podía hablar del "sufrimiento de Dios"?

Se pueden nombrar dos razones:

a) Por su esencial incapacidad de sufrir, Dios se distingue del hombre y de todas las cosas no divinas que están sujetas tanto al sufrimiento como a la temporalidad y a la muerte.

b) Si Dios da a los hombres la gloria al hacerlos partícipes de su vida eterna, esta gloria lleva al hombre a la inmortalidad, a la permanencia y por tanto también a la incapacidad de sufrir.

La apatía es, entonces, esencia divina y paradigma de la gloria en la comunión divina.

El límite de esta argumentación radica en que sólo conoce la alternativa: ya sea incapacidad esencial de sufrir o sometimiento fatalista al sufrimiento. Sin embargo, existe una tercera forma del sufrimiento: es el sufrimiento activo, el abrirse voluntariamente al ser afectado por otras cosas, es decir, el *sufrimiento del amor apasionado*. En la teología cristiana, el axioma de la apatía realmente sólo indica que Dios no está sujeto al sufrimiento de la misma manera que la criatura mortal. O sea, que no se trata de un verdadero axioma, sino de un enunciado comparativo. No excluye que

Dios sí puede sufrir en otro sentido y que de hecho sufre. Si Dios fuera incapaz de sufrir de cualquier forma, también sería incapaz de amar. En todo caso sería capaz de amarse a sí mismo, pero nada más. Sin embargo, si es capaz de amar otras cosas, él mismo se abre al sufrimiento que le provoca el amor a otros, pero por su amor es superior al sufrimiento producido de esta forma. Dios no sufre como la criatura por falta de Ser. Pero sufre por su amor, que es la abundancia de su Ser. En este sentido tiene pathos.

IV. LA PRAXIS DE LA SUCESION EN LA CRUZ

"Praxis" no se debe entender sólo en un sentido limitado como los actos del hombre. También forman parte de la praxis de la vida las experiencias pasivas que llamamos sufrimiento. Por tanto preguntamos primero por la importancia que tiene el "Dios crucificado" para los sufrientes de nuestra época.

A. La consolación del Dios crucificado

El que sufre sin razón, cree, antes que nada, que ha sido abandonado por Dios y por todos. Quien clama a Dios en su dolor puede descubrir que con ello se adhiere al grito de muerte de Cristo. Descubre en el Cristo que sufre al *Dios sufriente* que lo entiende. Si se siente eso, se da uno cuenta de que Dios no es aquella fría y lejana fuerza del destino a la que se acusa, sino que en Cristo se ha convertido en el *Dios humano* que grita con nosotros y en nosotros y que aboga por nosotros cuando enmudecemos en nuestro suplicio. El *Dios encarnado* ha convertido nuestra vida en parte de su vida y nuestro sufrimiento en su sufrimiento. Por eso en nuestro dolor participamos de su dolor y en nuestra aflicción de su pena.

Santa Catalina de Siena, según se cuenta, alguna vez exclamó: "¡Dios y Señor mío, ¿dónde estabas cuando mi corazón estaba en tinieblas e inmundicia?!" Y escuchó esta respuesta: "Hija mía, ¿acaso no lo sentiste? Estaba en tu corazón".

Yo también percibí a Dios de manera similar la primera vez: tenía diecisiete años cuando caí prisionero en 1945 y pasé más de tres años en campamentos para prisioneros de guerra. Después de la guerra se me ha venido encima el mundo cuando fuimos confrontados con las imágenes de los campos de concentración de Bergen-Belsen y Auschwitz. Yo no quería vivir. Odiaba a mi patria, a mi pueblo y a mí mismo por estas

atrocidades impronunciabiles que se habían cometido en nuestro nombre. Después encontré una Biblia y leí primero las lamentaciones, sobre todo el Salmo 39, y encontré ahí palabras para mi dolor. Después leí la historia de la pasión de Jesucristo y cuando llegué a la parte donde se habla de su grito de muerte (Mc 15,34), sentí al hermano que entiende y al redentor de mi soledad. El me levantó y me salvó la vida, probablemente incluso de manera literal. El hizo que volviera a afirmar la vida pese al sufrimiento, al cautiverio y a la gran culpa de mi pueblo, y a amarla incluso tras el alambre de púas. El Dios crucificado nos ayuda. ¿Cómo ocurre esto? El que sufre no sólo protesta contra su destino. Siente el dolor porque ama la vida, y está vivo porque afirma la vida. El que ya no ama la vida de los demás ni la propia, se vuelve apático y ya no siente el dolor. Es indiferente a la vida y a la muerte. Destruye su interés vital con alcohol y drogas. En cambio, cuanto más ama una persona, más vulnerable se vuelve. A través del amor a la vida es capaz de sentir felicidad. Pero por ese amor a la vida también se vuelve capaz de sufrir. Cuanto más se pueda uno alegrar, mayor es su capacidad de sufrir y padecer. Esta es la dialéctica de la vida humana: el amor anima la vida y nos hace mortales a los hombres. La vitalidad de la vida y la mortalidad de la muerte son percibidas por nosotros al mismo tiempo y juntas en aquel interés vital que llamamos amor.

¿Cómo puede renacer este amor a la vida a partir del sufrimiento y la tristeza? Esa es la verdadera pregunta. Un Dios Todopoderoso que no puede sufrir es pobre porque no puede amar. Un ateo protesta, ama de manera desesperada. Sufre porque ama y protesta contra el sufrimiento y a la vez contra el amor que lo ha llevado a tal sufrimiento. Quiere devolver su boleto de entrada a este mundo en el que ya desde niño se sufre. Quien cree en el *Dios sufriente* reconoce sus sufrimientos en Dios y a Dios en sus sufrimientos, y encuentra en su comunión la fortaleza para continuar en el amor y no amargarse a pesar del dolor y las tristezas. No sabemos por qué Dios permite todo eso, y si lo supiéramos, no nos ayudaría para vivir. Pero si descubrimos dónde está Dios y si sentimos su presencia en nuestro sufrimiento, entonces nos encontramos en la fuente de la que renace la vida.

B. La sucesión de Cristo

Quien escucha el mensaje del Crucificado también escucha la llamada a la sucesión, y quien asume la sucesión de Cristo también debe estar dispuesto a cargar su cruz. Así lo dicen ya los Evangelios. Cristo no sólo

es una persona, sino también un camino. Quien cree en él, emprende su camino. No hay cristología sin cristopraxis. Comprendemos a Cristo no sólo con la mente y el corazón, sino también a través de una praxis existencial del tiempo completo que lleva el nombre de sucesión. En tiempos de la Reforma, el baptista HANS DENK lo expresó de la siguiente manera: "Nadie puede reconocer realmente a Cristo, si no sigue sus pasos en la vida". La sucesión es el conocimiento integral de Cristo y tiene importancia no [sólo] ética, sino también cognoscitiva.

¿En qué consiste el "camino de Cristo"? De acuerdo con los Evangelios consiste en participar en la pasión mesiánica de Cristo: "Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, expulsad demonios. De gracia lo recibisteis, dadlo de gracia" (Mt 10,8). Son los mismos actos mesiánicos en los que Juan Bautista ha de reconocer que Jesús es el Cristo anunciado (Mt 11,5). Proclamar a los pobres el Reino de Dios significa devolverles la dignidad humana de la que han sido despojados por los que ejercen la violencia. Sanar a los enfermos significa sembrar en este mundo de la muerte el germen de la vida. Limpiar a los leprosos significa acoger a los impedidos, que son marginados en nuestra sociedad. Expulsar a los demonios significa atacar a los ídolos del estado y la sociedad a los que se sacrifica a tantos hombres indefensos. Entonces, quien emprende el "camino de Cristo", emprende la lucha de la vida contra la muerte. Por ello sentirá la fuerza de los poderosos que siembran la muerte porque viven a costa de otros. Suceder a Cristo significa entonces emprender la lucha de la vida contra la muerte y contra aquellos que difunden la muerte, en el lugar y la época de cada uno. En mi situación veo el "camino de Cristo" en la lucha contra el sistema de disuasión nuclear y en favor de la paz sobre la base de la justicia; en la lucha contra la explotación y el endeudamiento de los países del Tercer Mundo, y en la lucha contra la destrucción mortal de la naturaleza.

La pasión mesiánica de Cristo siempre nos lleva al lado de las víctimas de la violencia. Por ello la sucesión de Cristo se caracteriza por el gran número de mártires de la fe, de la vida y de la justicia. Existen los *mártires de la fe*; son los cristianos que fueron perseguidos y muertos por su fe. Existen los *mártires de la obediencia*; son los cristianos que fueron perseguidos y muertos por sus actos públicos. Y existen los *mártires del Reino de Dios y de su justicia*; son las personas que consciente o inconscientemente se convierten en testigos de la justicia donde se comete una injusticia. Existe el martirio de los cristianos, el de los justos y el martirio mudo y colectivo del pueblo sacrificado.

Siempre que la comunidad cristiana recuerda el "sufrimiento de Cristo",

recuerda también el sufrimiento de los mártires que participaron del sufrimiento de Cristo. En memoria del sufrimiento de Cristo y de los mártires le recordamos a Dios mismo sus promesas y esperamos la venida: "¡Acuérdate, Yahvéh, de lo que nos ha sobrevenido, mira y ve nuestro oprobio!... ¿Por qué has de olvidarnos para siempre, por qué toda la vida abandonarnos?" (Lam 5,1.20). Donde impera el olvido, se vuelve a dar muerte a los muertos. El recuerdo doloroso guarda la esperanza. Recordar acelera la redención.

Al escribir esto, veo ante mí la imagen del Hermano JUAN RAMÓN MORENO, uno de los seis jesuitas asesinados en el Salvador; yace en su propia sangre en la habitación de John Sobrino, y en el charco de sangre está mi libro que cayó al suelo –"El Dios Crucificado"–. Esta conferencia está dedicada a su memoria.

LA CUESTION DE LA COMPASION E IMPASIBILIDAD DE DIOS

J. MOLTMANN

«Una vez se defendió públicamente, cuando en una entrevista declaró lo siguiente: «Si tuviera que pasar ahora al contraataque, diría que se da una tendencia moderna (no quiero decir una teoría, sino una tendencia) - tanto en Hans Urs von Balthasar como en Adrienne von Speyr (en esta última, por supuesto, mucho más acentuada), pero incluso también, y con independencia de ellos, en Moltmann -, que concibe una teología de la muerte de Dios que, a mi modo de ver, es fundamentalmente gnóstica. Dicho de una manera simple y directa, para salir de mi miseria, de mi confusión y de mis dudas, de nada me aprovecha que Dios -por volver a las palabras simples y directas- sea tan miserable como yo». Lo que «me sirve de consuelo es que si Dios entra en esta historia, y en la medida en que entra como en su propia historia, se inserta en ella de una manera distinta. Porque yo estoy ya de antemano emparedado en estos muros de horror, mientras que Dios - si es que esta palabra aún tiene alguna significación - es para mí, en un sentido auténtico, verdadero y consolador para mí, el Dios impasible (*Deus impassibilis*)».

(Herbert VORGRIMLER, *Entender a Karl RAHNER. Introducción a su vida y su pensamiento*. Barcelona, Ed. Herder, 1988, p. 180-81).

Querido Padre Rahner:

He descubierto demasiado tarde su entrevista. Por eso sólo puedo responder de modo póstumo. ¡Cuánto me hubiera gustado hablar personalmente con Ud. sobre esta cuestión fundamental de nuestra fe! Pero si, como creemos, con la muerte se rompen las barreras de nuestra finitud

espacio-temporal, en este momento delante de Dios, para mí se encuentra Ud. más presente que en el limitado tiempo de su vida.

En la entrevista, que gira en torno a Hans Urs von Balthasar, me menciona Ud. sólo de pasada, pero haciendo blanco en el corazón de mi fe y de mi teología del «Dios crucificado». «Sólo el Dios que sufre puede ayudar», escribió Dietrich Bonhoeffer en la cárcel de la Gestapo. Cristo, el rechazado, el Hijo de Dios que muere abandonado de Dios, me ha servido de ayuda cuando yo me encontraba en 1945, rechazado y abandonado de Dios, emparedado entre los muros de un sucio campo de prisioneros, y dejaba evaporarse toda esperanza. Desde esta vivencia de Dios es desde donde yo creo y pienso. Por eso me intranquiliza su declaración antitética, que Dios es «en un sentido consolador para mí, el Dios impasible (Deus impassibilis)». No veo conexión alguna entre consuelo y apatía, ni, por consiguiente, encuentro tampoco una vía de acceso a su experiencia de Dios y de sí mismo.

Naturalmente que Dios se subió al carro de nuestra historia de sufrimiento de manera divina, y no está sometido por la fuerza a ella. Para los teólogos de la Iglesia antigua sólo existían el sufrimiento involuntario de la creatura y la apatía esencial de la divinidad. Sin embargo, hay un tercer elemento: el sufrimiento voluntario del amor por el amado y en el amado. Dios no sufre en el sentido de la creatura finita, pero no por eso es incapaz de sufrir en todos los aspectos: Dios es capaz de sufrir porque es capaz de amar. Su esencia es misericordia. Esto es lo que he desarrollado con más detalle en mi libro «El Dios crucificado», Salamanca 1975, 275ss.

Un Dios impasible (Deus impassibilis) no es capaz ni de amar ni de sentir. No le es posible la empatía. Por eso, no está en condiciones de consolar al hombre. Únicamente puede ofrecer consuelo quien siente con los demás. Únicamente puede sentir con los demás el que es empático. Empático sólo es aquel cuya esencia es «pática», no apática. No puedo imaginarme al Dios impasible (Deus impassibilis) como un Dios consolador en el sentido personal. Me resulta tan frío, duro e insensible como el cemento.

Pero, lo que más me intranquiliza y estremece es su propia confesión: «Estoy de antemano emparedado en estos muros de horror». Rezuma amargura, disgregación, soledad e incapacidad de movimientos. Quien se encuentra «emparedado», a ése ya nada le afecta, ni él importa tampoco a nadie. Es como una vida sin amor e incapaz de cariño. Efectivamente, es como una vida congelada, atrofiada y por tanto muerta. ¿Son éstos los dolores de la renuncia a las relaciones de una vida natural, que el celibato impone a un joven apasionado por Dios? ¿Es el sentirse «emparedado» una experiencia jesuítica especial del pleno desasimiento en el mundo con

el fin de estar siempre y en todo momento a disposición de Dios? ¿O es sólo el sentimiento de un anciano para quien la existencia corporal se vuelve progresivamente fatigosa? Pero, ¿quién se fijaría, al final de una vida próspera y sumamente dichosa, únicamente en el aspecto horroroso de la misma y, al mismo tiempo, no miraría también su belleza quebradiza y su finita bondad? Y ¿quién se podría lamentar por el premio de la imitación de Cristo, habiendo él mismo elegido por propia decisión tal camino?

Algo más se oculta detrás de todo esto: «De antemano...» dice Ud., significando con ello claramente esta existencia humana, en general, y lo que con ella ha sido dispuesto sobre cada uno de nosotros. ¿Es eso el mundo maligno, o el destino, o Dios mismo? Dado que nosotros no pertenecemos a los «condenados de este mundo», la sensación infernal expresada por Ud. tiene que provenir de la condenación de la *massa perditionis* por parte de Dios. La expresión «de antemano» abruma el alma de todo atento lector, porque suena con acento inexorable y con fuerza desconsoladora.

¿Cómo puede ser el *Deus impassibilis* Dios en un sentido consolador para Ud.? Quizás en el sentido de que en Dios ya no hay sufrimiento, dolor ni llanto, y que nosotros anhelamos entre sufrimientos, dolores y gemidos la redención en él. Pero, sin duda, no en el sentido de que Dios está, a su vez, «emparedado» en su impassibilidad, en su inmovilidad y en su indeseada falta de amor. ¿Con qué derecho podemos los hombres realmente decir que Dios es «incapaz»? ¿No «emparedamos» nosotros a Dios mediante las negaciones de la Teología negativa? Si eso es así, la experiencia personal del «estar emparedado» se corresponde exactamente con la experiencia religiosa del *Deus impassibilis*. ¿Podría ser entonces el Dios emparedado en su inamovilidad e impassibilidad un consuelo para el hombre, que en su existencia se encuentra también así? En tal caso, Dios sería, como Ud. dice expresamente, realmente «tan miserable» como nosotros, y ni Dios ni los hombres podrían jamás hallar un consuelo.

No quiero seguir desarrollando estas ideas. Ud. ya sabrá ahora más que antes y más que yo hoy. Quedo aquí suyo afectísimo admirador, pródigamente instruido por Ud. y ahora profundamente asustado.

Jürgen Moltmann